

de acompañarla, que acabó de asegurar la supremacía de la joven. Nada en la actitud ni en las palabras de Clemente podía comprometerla, pues la demostraba un respecto que no tenía á ninguna otra. No se podía creer que dejara de estar enamorado de ella, pero afectaba tan bien no tener ninguna esperanza, que su virtud era considerada como inexpugnable.

Ella, tranquila en la apariencia, pasaba por en medio de la multitud, escuchando las galanterías, contestando con una sonrisa, digna, dueña de sí misma, pero con la atención siempre prevenida. No perdía de vista á su marido. No se le escapaba ninguno de sus movimientos. Y aquella caza del adulterio en las *máximas* de los salones, tenía para un observador sagaz como Emilia, un áspero y punzante atractivo. ¡Cosa singular! Desde que Elena salía, nunca, en ninguna de las casas á donde concurría había encontrado á Diana. Parecía que un amigo secreto avisaba á la bella inglesa de todo lo que la señora de Hérault debía hacer por la noche. Luis, dulce, afable, llevaba á su mujer donde quería ir y se conducía como un esposo modelo. Elena á pesar de su tenacidad, comenzaba á cansarse y sentía debilitarse su convicción, cuando un incidente imprevisto, hizo brotar la luz que buscaba tan apasionadamente.

## IX

Aunque Lereboulley odiaba la música, daba todos los años dos ó tres conciertos en sus magníficos salones por complacer á su hija. Emilia, muy avanzada en materia de arte y fanática por Wagner, había contribuido mucho á aclimatar en el mundo parisiense las admirables composiciones del maestro. Después de hacer oír á sus amigos todo lo que razonablemente se podía imponer á la ligereza francesa de aquella hermosa pero severa música, se limitaba entonces á patrocinar á músicos jóvenes, que á pesar de su mérito no lograban transpasar las puertas de los teatros. La ejecución de estas obras inéditas se confiaba á una orquesta escogida que acompañaba á los cantantes más notables, de modo que estas veladas musicales llamaban poderosamente la atención.

El primer concierto de aquel año debía consagrarse á la audición de fragmentos del *Manfredo*, una ópera de Luciano Wordler, de quien la señora de Olifaunt había cantado todo el invierno en los salones una preciosa canción que tuvo gran éxito.

Conociendo el interés que á Diana le inspiraba el compositor, Elena estaba segura de encontrarla. Sin embargo, faltó poco para que su deseo no se realizara.

El niño, que todo era alegría y sonrisas, se despertó por la mañana de mal humor y un poco indispuesto. Elena envió á buscar el médico y éste dijo que no encontraba nada alarmente; una calenturilla causada por la dentición que estaba cuajando, y nada más. A pesar de estas seguridades, Elena avisó á su peluquero que no iba á casa de Lereboulley. Sin embargo, á eso de las ocho de la noche, Pedrito, que había pasado muy bien el día, se durmió fresco y tranquilo, y la madre cambió de resolución, mostrándose tan confiada como antes estuvo temerosa y diciendo á su marido que su doncella la peinaría perfectamente, mandó disponer su traje. Luis trató de combatir tímidamente esta resolución, pero hubo de ceder ante la obstinación de Elena.

Eran las once cuando llegaron. La primera parte del concierto había terminado y Talasac cantaba un hermoso nocturno con la señorita Isaac. Emilia, sentada en el salón, vió á sus amigos y acudió á recibirlos, no sin sorpresa.

—El niño está bien y, una vez tranquila, he querido venir—dijo Elena.

Emilia indicó á Luis con una mirada á la señora de Oulfaunt, sentada en primera fila. Al mismo tiempo Elena vió á la hermosa inglesa y palideció al verla tan triunfalmente bella. Vestida con un traje de tul azufre, cuya falda adornaba una guir-

nalda de esas rosas amarillas que se llaman *sueño de oro*, estaba deslumbradora. Muy bajo el descote se descubría su seno soberbio y su espalda nacarada. Entre sus rubios cabellos brillaban las piedras preciosas y tenía en la mano un abanico de plumas con varillaje de concha. Como atraídos por una fuerza magnética, los ojos de Diana encontraron los de Elena y las dos mujeres cambiaron una mirada. Diana sonrió y saludó graciosamente con su abanico, Elena inclinó gravemente la cabeza. Por fin se encontraba frente a frente con aquella de quien sospechaba. Iba á verla en presencia de Luis, á observar sus maniobras y creía que en la entonación de su voz y en la expresión de su rostro, podría adivinar su secreto.

Pero había contado sin Emilia, que la llevó directamente hacia un grupo de señoras en el que proyectaba encerrarla como en una ciudadela. Lereboulley dió la mano á Pérault y se acercó á Elena, y Luis fué á perderse entre la multitud de hombres graves y aburridos que obstruían todas las puertas, bostezando con discreción y manteniéndose todo lo posible fuera del alcance de la música.

Se había unido con Thauziat y Sir James, pero no tardó en dejarlos, para buscar un sitio desde donde sin que le viera Elena, pudiese admirar á Diana, saboreando el placer secreto de pensar que poseía aquella mujer, cuya belleza excitaba universales deseos. Oía en torno suyo el zumbido de los elogios y emanaciones de orgullo subían de su corazón á su cerebro. Ella, con afecta candidez, escuchaba á los cantantes sin distraerse,

aplaudía con entusiasmo y desinteresada de todo lo que no era música, parecía absorta en un éxtasis delicioso.

No por eso dejaba de advertir todo lo que sucedía y había conseguido volver la cabeza hacia Luis. Con su abanico, que llevó negligentemente á los labios, le envió un beso, y habiendo cumplido con su amor, se puso á escuchar de nuevo. Se sentía espiada por Elena. Las miradas de la esposa pesaban sobre ella, y prudente, porque ante todo quería evitar un escándalo, se proponía hacer buscar á su marido en el primer entreacto, y con pretexto de una jaqueca, sustraerse á su enemigo por medio de una retirada. Cuando sonaban, en medio de una salva de aplausos, los últimos compases de una pieza, se levantó, y llamando á Thauziat con una seña, se apoyó en su brazo.

—No estoy buena—dijo—. Lléveme usted al saloncito reservado á los artistas. Quiero felicitarles y estrechar la mano á Wordler antes de marcharme.

—¿Es la presencia de la señora de Hérault lo que la pone á usted enferma?—preguntó Thauziat irónicamente.

—Tal vez—respondió Diana. Es difícil sostener la comparación con ella. Está verdaderamente espléndida y su marido hace una tontería engañándola; pero los maridos siempre son así.

—Excepto sir James.

—¡Oh! Ese es un marido *extra*, un marido aparte.

—Y se puede decir que á doble parte.

—Está usted muy contento esta noche, señor de Thauziat. Si dijera usted esas cosas á la señora de Hérault, ganaría muchas probabilidades.

—No se incomode usted, Diana. Es una broma.

—No me incomodo. Ya sabe usted que se lo tolero todo.

—Habían llegado al comedor, donde estaba la mesa cubierta con un suntuoso servicio de plata cincelada y rodeada por infinitas parejas que hablaban, comían y bebían, servidas por numerosos y graves criados.

—Bú-queme usted un racimo de uva y una copa de champagne frappé—dijo Diana.

Thauziat la presentó un plato de *vermiel* con un racimo dorado y transparente.

—Es de aquella hermosa parra que admiramos en las estufas de Evreux, dijo la señora de Olifaunt. Es verdaderamente exquisita. El año pasado, Lereboulley me envió una cepa en la que su jardinero había ingertado un rosal, de suerte que daba á la vez uvas y rosas. Lereboulley es un hombre que sabe vivir, añadió, buscando con la vista á Luis.

Pero el joven se había eclipsado. Diana tomó la copa que le presentaba Clemente, y dijo:

—Por el éxito de los amores de usted, Clemente.

Bebió pequeños sorbos, echando atrás su hermoso cuello que se hinchaba como el de una paloma. Luego, cogiendo otra vez el brazo de Thauziat, se dirigió hacia el ante-despacho del senador. El saloncito estaba casi vacío. Iban á atravesarlo, cuando en la otra puerta se presentó Elena del

brazo de Lereboulley. Emilia venía detrás. Diana apretó el brazo de Thauziat y miró en torno suyo; pero ya no era tiempo de retroceder, y el choque que con tan amistoso cuidado se había tratado de evitar era inminente. La hermosa inglesa se armó de todo su valor, y fijando los ojos en Elena, se adelantó sonriendo con la tranquilidad de la más honrada de las mujeres. Sin embargo, aquella audaz criatura experimentaba una emoción bastante rara: en presencia de la señora de Hérault tenía miedo; se sentía dominada y se esforzaba por disimular, abanicándose con gracia. Emilia había intentado llevarse á su padre y Elena hacia la sala del concierto; pero no era Lereboulley quien llevaba á Elena, sino ella quien le llevaba á él. Elena vió á Diana y se dirigió á su encuentro como si fuera hacia el enemigo. La señora de Olifaunt se detuvo porque no pareciese que huía. Saludó la primera y atacó audazmente.

—No he tenido el gusto de encontrar á usted, señora, desde que la vi sirviendo de modelo para una virgen en la iglesia de Evreux. ¿Cómo está el hermoso niño?

Elena escuchaba aquella voz dulce, á la cual daba un sabor picante su acento extranjero. Nada falso parecía alterar su pura sonoridad, y ningún detalle acusaba en su aspecto la menor turbación. ¿Se habría equivocado y tendría que buscar en otra parte aquella odiada desconocida?

—Es usted una madre feliz, señora—prosiguió Diana—y todas las mujeres deben envidiarla.

Hubiera podido seguir hablando eternamente,

porque Elena no la escucha. Sus ojos estaban fijos en el abanico de plumas amarillas que Diana agitaba delante de su pecho y en una de cuyas varillas había visto brillar letras de diamantes, formando varias palabras que no acertaba á descifrar. Eran, sin duda, un lema, una divisa, ¿pero cuál? Una voz secreta le gritó que era la misma del pergamino. Sus miradas se oscurecieron, sus oídos zumbaron y la sangre se le subió á la cabeza. Hizo un esfuerzo para permanecer en pie, cogió con fuerza convulsiva el brazo de Emilia y dijo á la señora de Olifaunt:

—Lleve usted un precioso abanico. ¿Me permite admirarlo?

Diana presentó su abanico, que tenía sujeto á la cintura por un cordón de seda, color de paja. Elena se apoderó de él y leyó en la varilla con avidez furiosa estas palabras; *Y love and Y hate*. Un frío mortal corrió por sus venas: acababa de encontrar en inglés la divisa latina. Seguramente aquella mujer era su rival. Una ira loca se apoderó de Elena. Hubiera querido arrancar aquellos ojos y desgarrar con las uñas aquella boca voluptuosa, en la que se habían posado los labios de Luis y patear aquel cuerpo que le había robado las caricias del que la amaba. Cerró maquinalmente el abanico con mano temblorosa y leyó con voz sorda:

—*Y love han Y hate*.

—Eso significa en inglés: *amo y odio*—dijo Diana. Pero como todas las divisas, ésta dice más de lo justo. Yo no soy ni tan tierna ni tan mala.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS  
"ALFONSO RIVERA"  
CALLE 1625 MONTESSREY, MEXICO

—*Amo et odi*—preguntó Elena—¿no quiere decir lo mismo?

—Enteramente—repuso Lereboulley.

Diana tuvo el presentimiento de un peligro y dió un paso atrás. Pero Elena la siguió.

—Se dice que las mujeres de intriga no deben escribir, continuó diciendo con el mayor desprecio. Sin embargo, usted cita á mi marido en un papel que lleva esta divisa característica.

La señora de Olifaunt se puso livida, prorrumpiendo en una exclamación indefinible, arrancó su abanico de manos de Elena y se refugió aterrada al lado de Lereboulley.

—Señora—exclamó el senador, interponiéndose entre las dos mujeres—¿mide usted bien el alcance de sus palabras?

—Mejor que esa mujer el de sus acciones. Hace un momento tenía la audacia hipócrita de hablarme de mi hijo y es la querida de su padre.

—¿Me dejará usted insultar de ese modo en su casa?—gritó la bella inglesa á Lereboulley. Y como éste parecía petrificado, añadió:

—Vamos, defiéndame usted.

Y se irguió furiosa, con las manos crispadas, volviendo á ser en un momento la criada de figón que Thauziat había sacado del fango. Elena, fría y altanera, la miró en silencio. Toda su cólera había desaparecido y experimentado un dolor inmenso. Le parecía que se había abierto un abismo en su corazón, y que en él se habían hundidos todas sus alegrías, todas sus altiveces, todos sus pudores. Sintió una amargura indefinible y un disgusto pro-

fundo de aquel sitio y de aquella mujer. Quiso el silencio, el recogimiento y ansió verse en su casa, al lado de su hijo. Y dirigiéndose á Thauziat, frío é inmóvil, le dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de llevarme al lado de mi marido?

Cogió su brazo, saludó á Lereboulley y salió acompañada por Emilia, sin conceder á su rival aterrada ni la limosna de una mirada.

Apenas había desaparecido Emilia cuando Lereboulley salió de su postración.

—Diana—exclamó—, si la señora de Hérault ha dicho la verdad ¡ay de usted! y ¡ay de Luis!

—Está loca. ¿Va usted á dar crédito á una mujer celosa? ¿Entiendo yo una palabra de lo que me ha dicho? Su marido me hizo la corte cuando era soltero. Ya lo sabe usted. Tal vez, registrando sus muebles, haya descubierto algún billete mío. Pero ¿debía deducir de esto que yo distraigo de sus deberes á ese imbécil de Hérault? Porque atraigo las miradas, porque se me rodea, porque todos sus maridos me agasajan, me odian todas esas mujeres. ¿Tengo yo la culpa? Yo no hago nada por obtener esos homenajes. Todo esto es odioso, abominable. Y lo más cruel es que usted me ha abandonado á la cólera de esa insolente. No ha encontrado usted más que algunas palabras que balbucear. Usted no me ama, porque cuando se ama á una mujer se la respeta y se la hace respetar.

—¡Diana!

Diana se deshizo en lágrimas, y Lereboulley,

aturdido y temeroso de que entrara alguien, procuraba consolarla.

—Vamos, Diana, usted no cree lo que dice. ¡Que yo no la amol... Vamos, tranquilícese usted. Pueden venir. Si la sorprendieran á usted sola conmigo y llorando ¡qué pensarían? Pase usted á mi despacho, se lo ruego; allí estará usted más segura.

Consintió en seguirle y se dejó caer en un sofá con la gracia de una ninfa que sabe que le espía un sátiro. El senador se paseaba agitado, sin ocuparse del concierto, desdeñando á la concurrencia que poblaba sus salones, y entregado al temor de su infortunio.

—¡Ah! Ese Luis... Si yo pudiera creer...

—¿Aún no está usted convencido de mi inocencia? Pues bien, ¡qué haría usted si yo le dijera de repente: «Tengo horror á la mentira. ¿Quiere usted saber si Luis Hérault es mi amante? Si, lo es.»

—Diana, nada de bromas sobre esto. Si usted me engañase sucedería algo terrible. No retrocedería ante nada por vengarme.

—¿Me haría usted daño?... ¿á mí?

—Tal vez.

—¡Quisiera verlo!—exclamó Diana dirigiendo á Lereboulley una mirada tan provocativa, que él lo olvidó todo y no le quedó más que un deseo inmenso en el corazón y palabras de amor en los labios.

—¡Oh! ¡Diana! ¡Qué hermosa es usted! Se cometería un crimen por poseerla.

—Y cuando se me posee ¡cuántos por conservarme?

—¡Ah! Mande usted. Todo lo que usted quiera se hará.

—Está bien—dijo ella friamente—. Ya veremos. Entre tanto deme usted el brazo; podrían notar nuestra ausencia.

Y añadió acercándose al viejo:

—No se necesitaría más para hacer creer que había algo entre nosotros.

El senador la abrazó é inclinando su rostro sobre los blancos hombros de Diana, los acarició con sus gruesos labios; ella le dió una palmadita en la cara, diciendo:

—Vamos, Lereboulley, amigo mío, hay que desechas esas ideas.

Lereboulley exhaló un suspiro, y Diana entró en el salón apoyada en su brazo. Todo rastro de las emociones que acababa de experimentar desapareció del rostro de Diana, que como quien se pone una careta, recobró de repente su aspecto risueño y su gracia púdica.

Si la señora de Olifaunt había arrostrado imperturbablemente la prueba, no sucedió lo mismo á Elena. Al salir con su marido, sin que ni una palabra hubiese enterado á éste de la escena que acababa de ocurrir, la señora de Hérault sintió cruelmente toda la pesadumbre de todas aquellas violencias. Hundida en el fondo de la berlina, con la cabeza envuelta en un velo de blonda, temblaba y rechinaba los dientes, con la garganta contraída por una fiebre violenta. El movimiento del carrua-

je le causaba agudos dolores en la frente, y sus ojos se iluminaban por instantes con vivos resplandores. El trayecto, que duró un cuarto de hora, le pareció interminable. Luis, inquieto por el silencio de su mujer, la dirigía de vez en cuando miradas escrutadoras.

—¿Estás enferma?—la preguntó.—¿Tienes algo? Ella, haciendo un esfuerzo, contestó:

—Nada.

El carruaje se detuvo delante del hotel; ella quiso apearse, dió algunos pasos vacilando y tuvo que apoyarse en las columnas de las escalinata. Luis, asustado, la cogió en sus brazos, y sin detenerse la subió hasta el piso principal. Allí, Elena pudo andar é ir á su habitación. Cuando se hubo sentado junto al fuego y descubierto la cabeza, Luis la vió pálida, con los ojos extraviados, sacudida por grandes estremecimientos y las manos crispadas.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede?—exclamó con ansiedad.—Elena, háblame, ¿padeces?

—Sí... un poco.

—Pero ¿cómo ha sido esto? ¿Has tenido frío?

—Sí, mucho frío... en el corazón.

Luis quiso llamar, pero ella hizo un movimiento para impedirselo.

—No despiertes á los criados, llama á tu abuelita.

Algunos minutos después la anciana señora de Héault estaba al lado de la joven. Luis salió silenciosamente. Entonces la abuela ayudó á Elena á desnudarse y acostarse. Cuando la vió en la cama tiritando y con la sangre agolpada al rostro, le

preparó una infusión caliente, andando á pasos menudos desde el dormitorio al tocador, sin descuidar nada. Pasó al cuarto del niño, se inclinó sobre su cuna, admiró su tranquilo reposo y volvió á decir á Elena:

—El niño duerme perfectamente. No tengas cuidado. Si se despierta le daré leche caliente y no le sentará mal.

La joven sonrió tristemente y murmuró:

—Gracias. ¡Qué buena es usted!

Entre tanto, Luis había entrado y quería quedarse á velar. Entonces su abuela, como si hubiera adivinado lo que pasaba en el corazón de la joven, manifestó que la presencia de su nieto era allí inútil y que ella bastaba para todo.

—Vete á dormir—dijo—. Yo me quedaré. Los viejos no tenemos sueño...

Y como Luis insistiera, añadió:

—Tu mujer lo desea.

Luis se acercó á Elena, la tocó el brazo que en contró ardiendo y la besó en la frente. Tenía en los labios una pregunta que no se atrevió á hacer. Adivinaba la mano de Diana en la enfermedad de Elena. El silencio con que había acogido sus preguntas, el deseo de alejarle y permanecer sola con la anciana, todo anunciaba que había ocurrido un grave incidente que iba á modificar profundamente la situación. Por la mañana, la enferma no estaba mejor. Luis envió á buscar á Rameau de Ferrières. Un temor espantoso aumentaba los sufrimientos de la joven: temía no poder seguir criando al niño. ¿Le faltaría este supremo consue-

lo en su desgracia? ¿Tendría que abandonar aquel ángel rubio y sonrosado á los cuidados de una extraña? En su horrible insomnio, agitada y febril, la atormentaba este pensamiento. Ya que se le escapaba el padre, ¿vería escapar también al hijo! A las tres de la madrugada empezó á delirar. Habla-  
ba en alta voz y decía:

—Si dan mi hijo á esa mala mujer, se morirá...

La abuela se levantó silenciosamente del sillón en que hacia media al lado de la chimenea, se acercó á Elena, la tocó la frente y le dijo en voz de inmensa ternura:

—No tengas cuidado, hija mía. Si estás enferma, yo cuidaré al niño y no se lo entregaremos á una extraña.

La joven sonrió, y sus ojos brillaron en la sombra de la colgadura; suspiró, balbuceó algunas palabras y quedó dormida. Cuando se despertó estaba muy entrado el día y el ilustre médico, que acababa de llegar, hablaba con Luis en el salón inmediato. Entró sacudiendo la crin de león sobre su enorme cabeza y dijo acercándose á la cama:

—Señora, ¿conque tiene usted el mal gusto de necesitar de mi? Veamos de que se trata...

La pulsó, examinó los ojos, tomó con un termómetro la temperatura del cuerpo, y dijo dirigiéndose á Luis:

—No será nada... Pero tenemos 39° de calor y esto es demasiado...

Se lo llevó á un lado, y prosiguió diciendo:

—Ha estado expuesta á una congestión cerebral.

Tiene en los ojos la contracción bilateral. Necesita mucho cuidado.

Viendo que Elena se agitaba, volvió y dijo en alta voz:

—Ahora quisiera ver al niño de esta bella enferma.

Trajeron á Pedro, risueño, gordo y colorado. Lo examinó, lo tocó, lo besó y respondiendo á la mirada llena de ansiedad de Elena, dijo:

—Vamos á destetar á este mocito. Es un poco pronto, pero tiene fuerza para soportarlo. Prefiero darle leche de vaca á cambiarle de nodriza. ¿Es eso lo que usted quiere, señora?

Elena movió débilmente la cabeza y dos gruesas lágrimas rodaron por su almohada.

Rameau dijo volviéndose á Luis:

—No la fatiguemos. Lléveme usted á su cuarto para recetar el tratamiento.

Y salieron.

Entonces la anciana, sin consejo y sin ayuda de nadie, hizo rodar la cuna de Pedrito hasta la habitación y la puso cerca de la ventana, de modo que Elena pudiese verla desde la cama. La joven cambió con la abuela una mirada en que puso todo su corazón; quiso hablar, pero la anciana, poniendo un dedo sobre su boca, se sentó y volvió otra vez á hacer media.

Luis no había salido de casa y á cada hora pedía noticias. Acompañó al dormitorio á Emilia, que se había presentado desde por la mañana y que fué recibida por Elena con muestras de alegría. Entre aquellas dos enfermeras, la abuela y la amiga, pa-



reció que la enferma se reanimaba. Pero por la tarde aumentó la fiebre y todo anunció que la noche sería mala. Rameau prescribió calmantes y compuso una poción destinada á hacerla dormir. Estaba tranquilo, creyendo que la naturaleza vigorosa de Elena podría resistir vigorosamente la enfermedad.

Emilia se instaló en el hotel Héroult con objeto de reemplazar á la anciana al lado de la enferma. Comió con Luis, que vagaba por las desiertas habitaciones muy preocupado. No había querido ir á casa de la señora de Olifaunt, ni recibido carta suya. Y entre su mujer enferma y su querida, que no daba señales de vida, era presa de un furor sombrío contra todos y contra sí mismo. Pensar en Diana al lado de Elena le parecía infame, pero no podía sustraerse á la obsesión de la bella inglesa. La tenía sin cesar delante de los ojos, llamándole con su dulce voz y solicitándole con su radiante hermosura. La llegada de Emilia fué para él un inmenso consuelo; en primer lugar su amiga le contó lo que había pasado entre las dos mujeres y luego con ella podía hablar de Diana, cosa que deseaba mucho, aunque fuera para maldecirla y jurar que no la volvería á ver más. Por la noche, en el saloncito que precedía al dormitorio de Elena, hablaba con Emilia, prorrumpiendo en amargas quejas y maldiciendo el día en que había cedido á la influencia de aquella peligrosa criatura.

—Es temible—decía—por su atrevimiento y su perfidia. Yo la conozco bien. Es la perversidad misma.

—Y eso es lo que tanto os gusta á los hombres en ella—respondió Emilia.—Es lo contrario de vuestras hermanas y vuestras mujeres, que son sencillas, castas y buenas. Pero la sencillez, la castidad y la bondad, son virtudes vulgares que no divierten.

—No tiene corazón—añadía Luis con rabia.—Es fría y feroz. Sabe que desde esta mañana estoy en la mayor ansiedad, que después del escándalo de ayer daría cualquier cosa por saber lo que hace y lo que piensa y no le importa nada. ¿Se acordará siquiera de mí que la he sacrificado la más encantadora y la mejor de las mujeres? No. Ríe y se divierte. Es ingrata. No me escribirá ni una línea.

—Y tiene razón. Por eso os domina á todos. Si no os tratase como perros no sacaría partido de vosotros. Ha adoptado el sistema de los domadores de fieras. Os maneja con una barra de hierro candente y os reduce por la abstinencia. La acusas de feroz y de ingrata. ¿Y tú no eres ingrato y feroz? Lo que Diana te hace padecer es el desquite de lo que padece Elena. Diana es la manifestación de la justicia providencial. Es la expiación. Y ahora hablamos de Diana joven y hermosa. Es indudablemente seductora; á los ojos del mundo puedes alegar circunstancias atenuantes. Pero ¿te figuras á Diana vieja y fea? Porque hay hombres que siguen con ellas hasta la vejez. Y tú puedes ser uno de ellos. Si cansas la paciencia de tu mujer se separará de tí, quedarás amarrado á tu inglesa y te pasarás la vida bebiendo Oporto y jugando á la bási-

ga con Sir James. ¡Bonito porvenir! Vamos, Luisillo; pruébanos que tienes sentido común; deja á tu amiga, que lo es de todo el mundo, y vuelve á ser un hombre de bien.

—Tan cierto como hay Dios, que lo seré—dijo Luis enfurecido.

—No lo jures que es mala señal, hazlo... Pero mañana vendrá una carta y adiós resolución.

Le dejó solo en el salón y fué á reemplazar á la señora de Hérault al lado de la enferma. La primera parte de la noche fué bastante buena. Pero á eso de las dos, Emilia, que se había dormido en la butaca, se despertó oyendo voces. Se levantó y en la semi-oscuridad de la habitación vió á Elena, incorporada sobre la almohada, con los ojos fijos y extraviados, hablando sola. La joven se acercó y cogió la mano á su amiga, que pareció reconocerla, pero sin abandonar la idea que la preocupaba.

—Si yo me muero—decía—obligará á esa mujer á dejar á su marido y se casará con ella. Ocupará mi puesto en la casa, vivirá en mi cuarto y mi hijo será el suyo. ¡Cómo le miraba en la iglesia! ¡Parecía que quería quitármelo! Todo lo que me pertenece será para ella... Y de mí no quedará ni siquiera un recuerdo... Un nombre grabado en una piedra y nada más.

Se agitó y gruesas gotas de sudor surcaban su frente. Emilia se acercó á ella, la tocó la cabeza con su mano fría, como si quisiera hacer pasar algo de su razón serena á la mente perturbada de la enferma, y dijo:

—Usted no está en peligro, Elena, y vivirá usted para ser dichosa.

—Viviré... sí—exclamó con energía—, viviré, quiero vivir para defender á los que amo.

Y repitió muchas veces «quiero», como si esta palabra que resumía todo su carácter, fuera la única que se presentase en la vaguedad de su pensamiento. Luego se fué calmando y bajo la mirada compasiva de Emilia, se cerraron sus párpados. Al día siguiente por la mañana, Rameau la encontró más tranquila, menos ardorosa y en vías de curación.

Luis, por su parte, parecía menos agitado y menos nervioso. Estuvo algunos momentos en la habitación de su mujer y se mostró muy afectuoso con ella. Elena, en apariencia más tranquila, acogía sus demostraciones con triste alegría. En lo sucesivo ya no podía entregarse sin reserva á las efusiones de su corazón. Entre ella y su marido siempre se levantaría la imagen de Diana. No le rechazó, pero hizo una seña á Emilia para que se lo llevara.

Quería reflexionar y fijarse una regla de conducta. Una vez en posesión de sí misma, su clara razón, sin debilidad y sin cólera, buscaba el mejor partido que podía sacar de su dolorosa situación. Luis se mostraba atento y ella pensaba con indulgente prudencia que podía haberse mostrado indiferente. No vió más que el lado bueno de las cosas, ni maldijo de la vida aun juzgándola mala. Tenía una buena madre, una amiga excelente, un hijo adorable y dió gracias al cielo por haberla conce-

dido tantas compensaciones, y no desesperó del porvenir.

Entonces se daba cuenta exacta del estado intelectual y moral de su marido. Su debilidad y su inconstancia no habían sido nunca un secreto para ella, pero había creído en su orgullo que lograría apoderarse de él y dirigirle. Se le había escapado y otra más hábil había sometido aquel rebelde conduciéndole por malos caminos. Su influencia debía ser muy poderosa toda vez que Luis no había vuelto á la buena vía por horror á la traición y á la mentira. Expiado, perseguido, descubierto, teniendo que avergonzarse delante de su mujer y que esconderse de ella, había seguido engañándola. La gangrena llegaba por consiguiente al corazón, y tal vez sería necesario el hierro enrojecido para cauterizar la llaga y curarla.

Después, como antes de aquella violenta sacudida, Elena no pensó ni un segundo aceptar su desgracia y resignarse. No quería ceder ante la querida y estaba resuelta á defender los derechos de la esposa. No creía que su desgracia fuese una excepción espantosa propia para arrancarle gritos de desesperación. Los hombres le parecían todos débiles, arrastrados por sus pasiones, solicitados por sus vicios. No creía que Luis fuese peor que los demás. Aceptaba la humanidad tal como era; muy caduca y muy mala. Pero estaba persuadida de que con paciencia, energía é indulgencia llegaría á sacar del lodazal al desgraciado que se hundía en él. Resolvió, pues, no hablarle de su explicación con la señora de Olifaunt, no darle á cono-

cer en nada que estaba enterada de su conducta, no quejarse, esperar para exponer sus sentimientos, á que él mismo diese ocasión y empeñarse entonces seriamente en una lucha que terminaría por la derrota irremediable y definitiva de su rival ó la suya.

Como si estas valientes resoluciones la hubieran confortado y fortalecido, su convalecencia fué rápida y al cabo de una semana estaba restablecida. Luis en aquellos ocho días no salió de casa. Se había mostrado lleno de dulzura y de atenciones. Su carácter, antes un poco agrio, había recobrado su acostumbrada jovialidad. Elena atribuía este cambio á la alegría de su pronta curación; si hubiese podido leer en el corazón de su marido, hubiera enrojecido de vergüenza.

Después de veinticuatro horas de espera había recibido dos palabras de Diana, extrañando no haberle visto desde el concierto de Lereboulley y dirigiéndole tiernos reproches. Aunque su furor se calmó un tanto al recibir este billete, contestó secamente que su mujer estaba enferma y no podía dejarla. Entonces, Diana emprendió con él un combate epistolar que tenía por objeto hacerle ir á su casa, aunque no fuera más que un momento. Estaba bien segura de que una vez allí le detendría todo el tiempo que quisiera. Pero él, con bastante astucia, resistía los ruegos y las órdenes de la señora de Olifaunt, y riéndose de la insistencia con que le perseguía, parecía indiferente á sus seducciones y á su cólera.

Tenia noticias por Thauziat, que no dejaba ni un día de ir á enterarse de la salud de Elena y que enteraba á su amigo de la irritación de la encantadora rubia y de las vejaciones que para vengarse hacía sufrir al infortunado Lereboulley. Los dos bromeaban, porque Thauziat había recobrado su buen humor y sólo se ponía grave cuando Luis hablaba de volver al lado de Diana. Entonces se nublaban su frente y entre el deseo de ver á Luis separado para siempre de su mujer y el temor de los sufrimientos que esta separación causaría á Elena, acababa por maldecir la inconstancia del marido y subordinar su pasión á la dicha de la que amaba. En su alma altiva había movimientos de generosidad que le impulsaban á advertirle: «Pero loco, ten cuidado, todos son lazos en derredor tuyo, no puedes dar un paso por el camino que has emprendido, sin pisar la felicidad de los demás y la tuya». Un día llegó á decirle:

—Eres bastante imprudente en no pensar en defender lo tuyo, en vez de buscar lo de los demás. Si tu mujer dejara de amarte ¿quién sabe si se contraría sin defensa contra un amor sincero?

—¿Qué amor?

—En primer lugar, el mío.

—Luis contestó riendo:

—¡Bah! En dos años ya se habrá extinguido esa llama... Además tú te crees muy peligroso... Haz la corte á mi mujer si quieres, eso la entretendrá... ¡Andal! Yo estoy bien seguro de ello.

Una arruga profunda surcó la frente de Thauziat y una sonrisa de desprecio contrajo sus labios.

La insensibilidad depravada que afectaba Luis no le había regocijado, le había disgustado. No pensó en sí mismo, sino en la mujer tan odiosamente ultrajada.

El día que Elena pudo dejar el lecho y dar algunas vueltas por su habitación, Luis se decidió por fin á ir á casa de la señora de Olifaunt. Eran las cuatro cuando se presentó; Diana y su marido acababan de llegar. Tendida en un diván, en el salón japonés, hojeaba una novela. En la habitación inmediata se oía á Sir James abrir y cerrar cajones. Al ver á Luis la bella inglesa prorrumpió en una exclamación de alegría prontamente reprimida y poniendo un dedo en los labios, quiso imponerle un continente inusitado. Él permaneció inmóvil, ignorando lo que pasaba, cuando se presentó Sir James con una soberbia miniatura en la mano.

—¡Ah! ¿Es usted, señor de Hérault?—dijo el inglés con fría sonrisa—. Me alegro de estar aquí para recibir á usted. Siéntese usted. Mi querida Diana, este es el retrato que representa á la señorita de Fontanges por Petitot... El esmalte es de gran valor. A ver si el peinado te conviene.

—Es para un baile de trajes—añadió Diana examinando la miniatura—. Creo que estos rizos no me afearán.

—Hace mucho tiempo que no tenemos el gusto de ver á usted, señor de Hérault—dijo Sir James.—Desde el concierto de nuestro querido Lereboulley... Creo que ha tenido usted disgustos y contrariedades... Su esposa de usted ¿está ya bien de su indisposición?

—Completamente—respondió Luis admirado del repentino interés que el inglés mostraba por Elena.

—Mucho me alegro... Tanto más, cuanto que nosotros damos un baile dentro de quince días. Si... queremos devolver todos los obsequios que se nos han hecho... Y espero que usted nos honrará y su señora esposa también.

Estas palabras resonaron en los oídos de Luis como una declaración de guerra. Sospechó una trama hábilmente urdida por la mujer y el marido. Quiso saber a qué atenerse y contestó resueltamente:

—Yo vendré con mucho gusto, pero no me atrevo á ofrecer que mi esposa me acompañe. Necesita cuidarse mucho y probablemente se verá privada de corresponder á la invitación de usted.

El rostro del inglés se puso serio y agresivo como cuando discutía con Lereboulley el valor de un cuadro ó la autenticidad de una chuchería recientemente comprada. Se acercó á la chimenea y dijo apoyándose en el mármol con aire de autoridad:

—Eso es muy desagradable para la señora de Olifaunt y para mí... Muy desagradable. Se nos ha dicho por varios conductos, que se dice que á esta casa no vienen más que hombres. ¡Oh! Una sociedad muy escogida de hombres distinguidos. Pero, en fin, hombres solos, siempre sin sus mujeres, sus hijas ó sus hermanas. La malevolencia se ha apoderado de este hecho y lo ha vuelto contra nosotros. Así es, que mi esposa y yo hemos resuelto que en lo sucesivo no volveremos á recibir

á nuestros amigos casados que quieran visitarnos como solteros. Habíamos cedido al encanto de la intimidad con ellos, pero no se pueden despreciar las opiniones del mundo. Por eso lamento que la señora de Hérault no pueda salir á causa de su salud, porque esa circunstancia va á interrumpir momentáneamente las preciosas relaciones que tenemos con usted.

Luis se levantó un poco pálido y dijo volviéndose á Diana, que seguía tendida en el diván sin decir una palabra:

—Señora, si no me engaño, esta es una despedida en toda regla.

Diana dejó escapar un murmullo ahogado, término medio entre risa y gemido.

—¿Una despedida?—exclamó Sir James con ademán de protesta.—Yo soy demasiado cortés para proceder así con un caballero; pero usted es bastante hombre de mundo para no apreciar mis razones... Por lo demás, dejo á usted con la señora de Olifaunt que se las explicará mejor todavía...

Tendió á Luis una mano que éste estrechó con repugnancia, y besando á su mujer en la frente salió. Apenas se había cerrado la puerta, cuando Diana se arrojó á sus pies deshecha en lágrimas.

—Por fin estás aquí—dijo.—No puedes imaginar la vida que llevo desde hace ocho días. Un verdadero infierno en que me veía sola, abandonada por tí... No sé qué han podido contar á Sir James, pero está fuera de sí... Dice que su honor se halla empeñado y que es preciso cambiar nuestro método de vida en París ó volver á Inglaterra.